



la lluvia, que los soldados reciben con ansia, poniendo sus cascos para cogerla. Cuando estaban entretenidos en esta ocupacion consoladora, caen de improviso los bárbaros sobre ellos y ejecutan horrible matanza. Mas luégo aquella misma nube descarga sobre los enemigos un diluvio de granizo, acompañado de truenos que los llena de terror; y alentados á su vez los romanos, los vencen, los arrollan y los ahuyentan. Gentiles y cristianos, todos tuvieron aquel suceso por milagroso. Lo que hace más á nuestro intento fué que el emperador lo creyó así, y escribió al senado indicando, aunque muy circunspectamente, que debía aquella victoria á los cristianos, y es lo cierto que ordenó fuesen castigados los que profriesen calumnias

contra ellos (1). Citámoslo como prueba de lo que ya entónces habian cundido las doctrinas del cristianismo.

Volvieron no obstante á mover despues nuevas guerras las hordas salvajes del Norte, y Marco Aurelio murió ántes de acabar de sujetar á los bárbaros (180). Con él perdió Roma el príncipe más cumplido y cabal que se habia sentado en el trono de los Césares, y España lloró la pérdida de quien le habia dado otros diez y nueve años de paz y de ventura. Llegó el imperio romano con Marco Aurelio al punto culminante, de que no hará ya sino descender.

(1) El hecho le atestiguan casi todos los historiadores, y Tertuliano en su Apología habla de la carta de Marco Aurelio como de una cosa conocida.

CAPÍTULO XIII

Desde Marco Aurelio hasta Constantino (de 180 á 306 de J. C.).—Comienza á sentirse la decadencia del imperio.—Cómodo.—Su depravacion é iniquidades. Abyeccion del senado.—Reinados de Pertinaz, Didio Juliano, Séptimo Severo, etc.—Monstruosidades de Eliogábalo.—Alejandro Severo sostiene por algun tiempo con dignidad el decadente imperio.—Otros emperadores ú oscuros ó malvados.—Guerras civiles.—Decio.—Primeras irrupciones de los bárbaros.—Godos, francos, escitas.—Trágica y afrentosa muerte de Valeriano.—Los treinta tiranos.—Frecuentes asesinatos de emperadores.—Interregno de ocho meses.—Tácito y Probo. Sus virtudes.—Dioleciano.—Division del imperio.—Cruda persecucion contra los cristianos.—Constancio y Galerio.—Daciano.—Martirios en España.—Maximiano.—Constantino.

Hemos recorrido esta galería de ilustres príncipes, los Flavios y los Antoninos, que dieron á España, al imperio y al mundo cerca de un siglo de paz y de ventura, no interrumpida sino por el reinado de Domiciano, que fué como una mancha que cayó en medio de aquellas púrpuras imperiales. La firmeza de Vespasiano, la dulzura de Tito, la generosidad de Nerva, la grandeza de Trajano, la ilustracion de Adriano, la piedad de Antonino y la filosofia de Marco Aurelio, hicieron de aquellos insignes varones otros tantos astros benéficos que resplandecieron y alumbraron al mundo romano, y bajo su influjo España dió grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilizacion. Sólo faltaron á estos buenos príncipes dos grandes pensamientos para acabar de ser buenos; el de haber abrazado la nueva religion, y el de restituir al pueblo los derechos que sus antecesores le habian quitado.

Tócanos ahora repasar con disgusto otro catálogo de emperadores, que como aquéllos para dicha, éstos para azote de la humanidad parece haber sido permitidos, por no atrevernos á decir enviados por la Providencia. Lo harémos rápidamente, ya porque no nos proponemos

escribir la historia de los emperadores romanos, sino en la parte que de ella pudo tocar á España, ya porque no es grato ni exponer ni contemplar un negro cuadro de horribles vicios, y ya porque por fortuna la España, colocada alguna distancia de Roma, participaba menos que la capital del imperio del siniestro influjo de aquellos corrompidos seres que para afrenta de la humanidad conservaron el título de emperadores.

Imposible parece que un padre tan virtuoso como Marco Aurelio engendrara un monstruo como su hijo Cómodo; y no extrañamos que por respeto á las virtudes del padre supongan algunos historiadores que Cómodo no fué hijo del emperador filósofo, sino de la disoluta Faustina y de un gladiador, que, entre otros de la hez del pueblo, obtuvo sus favores. Los hombres no pueden imaginar vicios, ni crimen, ni torpeza, ni crueldad, ni corrupcion de ningún género que no se hallase reunido en Cómodo. Sus acciones, sus gustos, ménos eran ya de hombre corrompido que de bestia salvaje. Tiberio, Neron, Calígula, Vitelio y Domiciano, habian sido templadamente desenfrenados en comparacion de Cómodo. «El cielo, dice un escritor ilustre, añadió la locura á sus cri-



menes á fin de no espantar demasiado á la tierra.» En efecto, el vender todos los cargos públicos, el quitar la vida á muchos senadores, patricios y familias consulares, el tener un serrallo de trescientas concubinas y otros tantos mancebos, podia atribuirse á avaricia, á tiranía y á voluptuosidad. Pero el dividir en dos pedazos á un hombre grueso por el bárbaro placer de ver derramarse por la tierra sus entrañas (1); el mandar asesinar una noche en el teatro á todos los que á él habian asistido; el sacar los ojos ó cortar los piés á los que tenian una fisonomía que le desagradaba.... esto ya no cabe en las medidas de la maldad y de la corrupcion, sin recurrir á un extravío de la razon, á una verdadera locura.

Sin embargo, el pueblo consentia que se llamara á sí mismo el *Hércules Romano*; que Roma se titulara *Colonia Comodiana*, y hasta el senado inscribió á la puerta de la asamblea: *Casa de Cómodo*. Increíble parece tanta abyeccion. ¡Y aun reinó trece años este monstruo! Esto parece ménos comprensible. Al fin tuvo que morir á manos de un atleta y con el veneno de una concubina (193). Apartemos ya la vista de tanta infamia y de tanta degradacion. Sólo el cristiano no fué perseguido por este hombre bestial, gracias á Marcia, una de sus favoritas, que protegía á los cristianos (2).

La España vió pasar sin acaecimiento alguno notable el corto reinado de Pertinaz. Asesinaronle los pretorianos, porque quiso restablecer la disciplina, y se sacó el imperio á pública subasta. Presentáronse dos postores, y se adjudicó á Didio Juliano, que ofreció mil doscientas cincuenta dracmas más que su competidor (3), entregándole ciento veinte millones de hombres como quien entrega una mercancía. Didio no pudo pagar la suma ofrecida, y á los sesenta y seis dias fué asesinado (194). Cada legion queria ya nombrar su emperador. Tres fueron elegidos; el más fuerte se quedó con el imperio. Fué éste Séptimo Severo. Para que se forme juicio de lo que era, sólo diremos que

(1) *Hist. August.*, p. 128.

(2) Herod., in *Vit. Commod.*

(3) *Dion., Hist. Rom.*, lib. LXIII.

obligó al senado á colocar á Cómodo en la clase de los dioses. ¡A Cómodo! Y para que todo en él fuese completo, se declaró el mayor perseguidor de los cristianos; aunque era la tercera persecucion, puede decirse que para España fué la primera, así por haber sido la más rigurosa y cruel, como porque entónces era ya grande en España el número de los discípulos de la Cruz. En los reinados de Cómodo, de Pertinaz, de Juliano y de Severo se vió brillar la elocuencia de los primeros Padres de la Iglesia. Por lo demas, España, apartada un tanto de los teatros de los desórdenes, y sin mezclarse en ellos, seguia su marcha, sin sentir sino débilmente las grandes sacudidas del imperio.

Severo dejó por sucesores á sus dos hijos Caracalla y Geta; pero aunque hermanos, eran enemigos mortales, y Caracalla, deseando reinar solo, se deshizo de su hermano asesinandole en los brazos de su madre (211). Caracalla tuvo la necia presuncion de querer imitar á Alejandro y Aquiles. Nos hemos propuesto no fatigar al lector con la pintura de los vicios de cada uno de estos pseudo-emperadores. Murió asesinado por Macrino (218), que obtuvo el imperio, y no hizo nada sino mandar levantar altares al mismo á quien habia asesinado. Los romanos, luego que morian los déspotas, los convertian en dioses; así gozaban de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley que le consagraba. Catorce meses reinó Macrino, hasta que el ejército que le habia dado el imperio se le quitó con igual facilidad. Por un concurso extraordinario de circunstancias, despues de Macrino una intriga de mujeres elevó al imperio á un jóven sirio, por sobrenombre Eliogábalo, ó más exactamente Elagábalo ó Elagabal, el cual fué muerto con su madre en un lugar inmundo (1), y arrojado su cuerpo al Tíber, despues de uno de los más execrables reinados. Su nombre fué borrado en España de todos los monumentos como una mancha que los deshonoraba.

Permitásenos dos palabras sobre el reinado

(1) *Atque in latrina ad quam confugerat occisus.* *Hist. Aug.*, página 478.



de Elagábalo, siquiera por su singularidad. Era Elagábalo en Siria sacerdote del Sol, y entró en Roma con las mejillas y párpados pintados, vestido con tiara, collar, brazaletes, túnica de tela de oro, y rodeado de eunucos y bufones, de enanos y enanas, bailando delante de una piedra triangular. Este sacerdote era el que iba á empuñar el sagrado escudo de Numa (1). El jóven imberbe tenía el capricho de vestirse de mujer, y de entretenerse en las labores de este sexo, y haciase saludar con el título de *señora* y de *emperatriz*. Concedió asiente á su madre en el senado al lado de los cónsules, y creó otro senado de mujeres, que deliberaban sobre los honores de la corte y sobre las hechuras de los vestidos. Este era el trono de los Césares, y el senado de los Escipiones y de los Brutos! El reinado de Elagábalo ó Eliogábalo no fué el de la gastronomía, como una errada tradicion vulgar ha hecho á muchos creer, sino el de la lascivia y la lubricidad, que llevó á un grado que el pudor no consiente expresar. Era preciso que todos los vicios pasaran por encima del solio romano antes que se sentara en él la religion de las verdaderas virtudes, para que se pudiera apreciar mejor.

Después de tanta imbecilidad, de tanta degradacion, de tantas inquietudes y de tantos crímenes, la España y el imperio van á gozar de un respiro bajo el gobierno de un príncipe sabio, ilustrado, juicioso y protector (222). Al modo que tras largos dias de procelosas borrascas y por entre nubes espesas y sombrías se deja ver momentáneamente un sol claro, que suele ser signo y causa de arreciar más la tempestad, así apareció Alejandro Severo como un resplandor fugaz entre las negras tormentas que le habian precedido y los huracanes que le habian de seguir. Ya la España participaba de la suerte desastrosa de la metrópoli; al peso de tanto emperador monstruoso iba tambien succumbiendo: Alejandro Severo la reanima, la provee de gobernadores sabios y amantes del bien, y la hace entrar de nuevo en la senda de la prosperidad. En aquellos primeros tiempos el pueblo elegía sus sacerdotes y sus obispos;

(1) *Hist. August.*

Severo quiso se hiciera lo mismo con los gobernadores de las provincias; el emperador los proponia, proclamaba sus nombres y dejaba al pueblo el derecho de aplaudir ó vituperar la eleccion. Esta deferencia hacia el pueblo no podia dejar de lisonjear los instintos de libertad de los españoles, y agradecidos levantaron monumentos á quien con tanta consideracion los trataba.

Por otra parte el cristianismo iba penetrando, aunque de un modo como vergonzante, en el alcázar de los Césares. Alejandro Severo colocó ya en su capilla particular una imagen del Crucificado, entre las de Apolonio de Tiana, de Abrahan y de Orfeo. Algo era. Al fin ya los cristianos no se veian obligados á vivir en grutas y cuevas subterráneas por librarse de la vigilancia de magistrados perseguidores; ya podian vivir en público, porque el emperador gustaba de sus libros y de su moral; y Mamea su madre, si no era ya cristiana, al ménos inspiraba á su hijo sumo respeto hacia esta religion. Algunos pueblos la erigieron estatuas, entre ellos la colonia Gémina Accitana. En cuanto á Alejandro, lo diremos todo con decir que tomó por tipo y regla de su conducta esta máxima, que es el compendio de toda la moral: «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti;» y que la hizo grabar en su palacio y en todos los edificios públicos. Reinó Severo trece años, al cabo de los cuales murió asesinado por Maximino.

Alejandro Severo fué un puntal puesto á un edificio que se resquebrajaba por todas partes. Quitado el puntal, el viejo y combatido edificio comenzó á desmoronarse, como tenia que suceder. Maximino ya no era romano, ni español, ni africano, ni sirio; era nacido en Tracia, de madre alana y de padre goda. Ya tenemos á un bárbaro sentado en el trono de los Césares, porque habia entrado á servir de soldado en las legiones romanas (235). El mérito de Maximino era ser el hombre más alto y más fornido que se conocia, comer muchas libras de carne, y beber muchas azumbres de vino (1), arrastrar él solo un carro cargado, echar

(1) Al decir de Codro, comia este bárbaro cuarenta



á rodar por el suelo, quince ó veinte luchadores, y otras semejantes proezas y virtudes. Los cristianos no podían dejar de ser perseguidos por un príncipe tan bárbaro: así hubo muchos mártires en España, y entre ellos se cita á San Máximo, que se cree ser el que los catalanes nombran S. Magin. El manto imperial ya no era un manto de púrpura; era un harapo manchado y viejo que recogía un extranjero pobre y salvaje. Mientras Maximino estaba ocupado en batir á los germanos y los sármatas, que todos querían dar ya emperador, el senado hacía rogativas públicas á los dioses por que no volviese á entrar en Roma. Pareció haberlos oído los dioses, porque Maximino quedó por allá asesinado con su hijo.

En África habían proclamado emperadores á los Gordianos, padre é hijo, descendientes de los Gracos y de Trajano. El viejo Gordiano rechaza llorando el manto imperial, pero se le visten á la fuerza, y saludan también Augusto á Gordiano el Joven, que, amigo de las letras, lamentaba los males de su patria entre las mujeres y las musas. Muere el hijo, y el padre se aboga con un cinturón por no sobrevivirle, y se desprende gustoso de las grandezas de un trono que repugnaba. El senado designa dos nuevos emperadores, Máximo Papino y Balbino, bravo soldado el primero, orador y poeta el segundo (240). Suscitase en Roma una guerra civil: hay asaltos, combates é incendios; un niño los apaga con su presencia, un tercer Gordiano, hijo y nieto de los otros. Este tercer Gordiano, aunque joven, sostiene el honor del imperio por cinco años. Pero Filippo abusa de su inexperiencia, le hace perder el prestigio, le malquista con los soldados, y últimamente le hace morir á manos de ellos (244).

No se sabe si Filippo fué cristiano ó no. Sábese que fué árabe, y que había sido bandido. Ya era emperador cualquiera, y de cualquier país. Enrédanse nuevas guerras, y apenas puede distinguirse á quiénes se nombra emperadores. Suenan los nombres de Prisco, hermano de Filippo, de Jotapiano, de Marino y de

ta libras de carne, y bebía veinticuatro azumbres de vino.

Decio. Este último sube al trono, y desplega tal crueldad contra los cristianos, que muchos, no pudiendo sufrir tantos suplicios, apostatan públicamente é inciensan los ídolos, otros firman una abjuración escrita de su creencia. Á los primeros nombran *sacrificantes*, á los segundos *libelistas*.

La España no podía ser indiferente espectadora de acontecimientos que tan de cerca la tocaban. ¡Qué ocasión tan favorable la de tanta flaqueza y tanto desorden para haber podido reconquistar su independencia, si no se hubiera hecho tan romana! Sin duda el destino á que la llamaba la Providencia no se había cumplido. Ciertamente hay en la historia de las naciones misterios que no se pueden penetrar. España sigue todavía la suerte de Roma. Grandes acaecimientos, grandes trastornos se preparan (250).

Á la manera que vemos muchas veces levantarse lejos de nosotros y en lo más apartado de nuestro horizonte pequeñas y dispersas nubes, que uniéndose y condensándose después, van ennegreciendo la atmósfera, y apenas llega á nuestros oídos el ruido del trueno que de lejos las anuncia; mas luego las vemos acercarse impulsadas por el viento, los relámpagos crecen, el trueno retumba, y por último la tempestad viene á descargar sobre nuestras cabezas, y los torrentes que de ella se desgajan inundan nuestros campos; así la España en los tiempos en que vamos á entrar, veía levantarse á lo lejos aquellas masas de bárbaros que á manera de nubes amenazaban el Norte del imperio veíalas en lontananza unirse, engrosarse, avanzar como empujados por el viento; mas colocada España al extremo occidental del mundo romano, el ruido de aquellas guerras llegaba á ella como el sordo rugido de un trueno lejano. Y sin embargo, aquellas nubes de godos, de hérulos, de vándalos, de sármatas, de escitas, de borgoñones, de alanos y de otras mil razas y tribus, habían de venir á descargar sobre sus campos y á inundar su suelo. Preciso es conocer la marcha y progresos de aquellas masas de guerreros salvajes, que habían de deramarse por el Occidente, que habían de trastornar el imperio de los Césares, derribar el



Capitolio, y cambiar los destinos del mundo.

Los godos, empujados acaso por otros pueblos que detrás de ellos venían, se habían ido aproximando á las fronteras del imperio, que desde la conquista de la Dacia por Trajano habían quedado abiertas y sin barrera que oponer á una invasión. Crispo, hermano de Filippo, les revela la debilidad del imperio, y los godos invaden primeramente la Mesia, y después la Tracia y la Macedonia (250). Decio se empeña con ellos en una lid desesperada, en que después de ver perecer á su hijo, encuentra también él mismo la muerte; y Galo, acaso vendido también á los godos como Prisco, es proclamado emperador. Galo celebra con los godos una paz vergonzosa, obligándose á pagarles un tributo anual, á condición de que respeten las tierras del imperio, condición que los bárbaros se cuidaron muy poco de cumplir. La peste asolaba aquellas provincias (252), y multitud de razas salvajes las invadían. Además de los godos, la Escitia y la Germania arrojaban masas innumerables de guerreros; los godos se derramaban por la Tracia y la Macedonia, los francos invadían las Galias por el Rhin, los escitas caían sobre el Ponto Euxino y avanzaban hasta Calcedonia, y Sapor, rey de los persas, ocupaba la Armenia, y se proponía arrojar á los romanos de toda el Asia. Y mientras los bárbaros sitiaban el imperio por todas partes, los aspirantes á la púrpura se hacían proclamar cada cual por su ejército, se combatían, ó se asesinaban.

Tal estaba el imperio cuando Valeriano se ciñó la púrpura, pasando por encima de los cadáveres de Galo y de Emiliano. Él y su hijo Galieno, mozo afeminado y vicioso, auxiliados de Póstumo, Claudio, Aureliano y Probo, que en el hecho de ser caudillos del ejército eran candidatos á la púrpura, vencieron á los godos, rechazaron de España á los franco-germanos, pero marchando después contra los persas, cayó Valeriano prisionero del rey Sapor (260). Todos los crímenes del imperio y todas las flaquezas del Capitolio se vieron castigadas en la persona de aquel desventurado emperador. Propúsose el persa hacer á su imperial cautivo objeto de ludibrio y de afrenta. El bárbaro rey

le hacía servirle de estribo para montar á caballo, apoyando orgullosamente su pié sobre la encorvada espalda del prisionero revestido de la púrpura. Y porque un día le irritó, mandó desollarle vivo, y adobada su piel y teñida de encarnado, la rellenó de paja para que conservara la forma humana y la hizo colgar de la bóveda del templo principal de Persia, donde se conservó por espacio de muchos siglos (1). ¡Barbarie inaudita! Cuando Galieno supo el desastroso fin de su padre, se contentó con decir: «ya sabía yo que mi padre era mortal.» Y recogiendo la otra mitad de la vieja púrpura, como quien recoge la mortaja de un muerto, continuó impasible entre sus cortesanas y sus deleites. No sabemos cuál acabó de humillar más el imperio, si la muerte afrentosa del padre, ó la conducta vergonzosa del hijo.

Entonces fué cuando se levantó simultáneamente un enjambre de tiranos, que unos fijan en treinta por asemejarlos á los de Grecia, otros en diez y nueve: entre ellos se distinguían las dos reinas Zenobia y Victoria. Esta última elevó al rango de Augusto en las Galias á Mario, que había sido armero, el cual llamaba á Galieno *lujuriosísima peste*. Mario pereció á manos de un soldado, que había sido oficial de su taller: al atravesarle el cuerpo con la espada le dijo: «*tú la fabricaste.*» Victoria, aquella Zenobia de las Galias, no se desalentó por esto, y nombró todavía emperador á Tétrico, que lo fué de las Galias y de España. ¡Pero cosa maravillosa! Aún producía Roma genios no comunes. Tal fué Claudio, que sucedió á Galieno: mereció y obtuvo el renombre de Gótico, por la brillante derrota que causó á los godos. Curiosas son las palabras con que él mismo la describe: «Hemos destruido trescientos mil godos, y echado á pique dos mil naves. Los ríos están cubiertos de escudos, y sus márgenes de anchas espadas y pequeñas lanzas. Las llanuras se ocultan bajo los montones de huesos blancos: no hay camino que no esté tinto de sangre... hemos hecho tantas mujeres prisione-

(1) *Direpta est ei cutis... ut in templo barbarorum deorum ad memoriam triumpho clarissimi poneretur.* Lactant, *De morte persecut.*, cap. V.